
La investigación de subjetividades disidentes: retorciendo los fundamentos de la teoría y la práctica*

Kenn Gardner Honeychurch

Las operaciones de investigación social son un medio por el cual los conocimientos culturales pueden ser confirmados, refutados o generados. Todas las teorías y métodos de investigación, sin embargo, presuponen una particular visión del mundo y por lo tanto privilegian unos conocimientos y aproximaciones particulares sobre otros. Por lo tanto, el(los) sujeto(s),¹ procesos y propuestas de la investigación son considerados, explicados y legitimados mediante epistemologías, metodologías y textos selectivamente autorizados, los cuales se han compenetrado no sólo con ideas y supuestos intelectuales, sino también con los valores de la cultura donde son producidos.

Las actividades de investigación no se pueden separar de sus circunstancias. A través de las interimplicaciones del conocimiento, la cultura y el poder social, ciertos discursos se vuelven convincentes, mientras que otros, por el mismo ejercicio perentorio de dominación, están restringidos. Por ejemplo, en la investigación sobre sexualidad, los discursos denunciativamente heterosexualizantes que provienen de instituciones culturales poderosas —entre ellas las

* Este texto fue tomado de la *Harvard Educational Review*, vol. 66, núm. 2, verano de 1996, pp. 339-355.

¹ Aunque no me parece cómodo el uso del término "sujeto" [en inglés: *subject*], una consecuencia, en parte, de separar la palabra de sus asociaciones con las energías colonizadoras que ponen a una persona o a un grupo bajo la autoridad de otro, términos tales como "(cor)respondiente", "informante", "interlocutor", etc., me preocupan lo mismo. Aunque reconozco sus limitaciones, el término "sujeto(s)" se emplea para referirse tanto a los participantes corpóreos como al tema de cualquier investigación.

escuelas y la academia, legitimadas mediante las autoridades de la religión, la ciencia y la ley— desde hace tiempo han visto como un problema a los sujetos de las homosexualidades.² Como consecuencia, ninguna consideración sobre éstas puede ser separada de una reflexión sobre los denigrantes marcos conceptuales, ni de las prácticas culturales desdeñosas y a veces sanguinarias, de los cuales procede tal investigación. “No cabe duda de que la amenaza de esta sanción extrajudicial violenta, degradante y a menudo fatal trabaja incluso más poderosamente que —y en íntima relación de fuerza con— sanciones más respetablemente institucionalizadas en contra de la opción, la expresión y el ser *gay*” (Sedgwick, 1990:18).

Identidades empañadas por discursos culturales hegemónicos, los hombres *gay* y las lesbianas deben dudar de la imposición de conocimientos y creencias heterosexistas, y desobedecer las convenciones que siguen borrando o mutilando los ámbitos de la afiliación y el deseo por el mismo sexo.³ Al conducir investigación autoetnográfica productiva con sujetos homosexuales, es particularmente imperativo que los y las investigadores(as) *gay* y lesbianas hagan

² El término “homosexualidades” se adopta aquí para incluir experiencias diversas subsumidas como no-heterosexuales. Con el uso del plural, la amplia gama de las sexualidades disidentes que constituyen el deseo, la conducta y la identidad homosexuales es reconocida e inscrita como no-monolítica. Al representar gráficamente la pluralidad, se discute y desgarrar la reificación del binario heterosexual/homosexual, donde una concepción más unitaria y estable de la homosexualidad (y de la heterosexualidad) es inapropiadamente reforzada. Además, como soy un hombre blanco *gay* que habla como tal, y no por otros hombres *gay*, cuyas sexualidades precisas podrían diferir de la mía, mi intención no es hacer visible un tipo de sexualidad a expensas de otras, ni postular una aplicabilidad directa a su comprensión. Aunque sería deseable que bisexuales, lesbianas y otros hombres *gay*, por ejemplo, pudieran considerar relevantes para sus propios intereses los temas que aquí discuto, no hago ningún esfuerzo por hablar en nombre de aquellos que no puedo representar.

³ El uso común de “*gay*” y “lesbiana” es relativamente nuevo y un tanto ambiguo. En la práctica, la palabra *gay* a veces se refiere todavía tanto a hombres como a mujeres, pero cada vez más se aplica a los primeros, conforme la palabra *lesbiana* se usa para describir la experiencia de las mujeres. Claramente, lesbiana y *gay* no son términos que tengan un significado singular o que reflejen una experiencia singular. Las complejidades de las experiencias lesbiana y *gay* pueden incluir: falta de conformidad con las nociones culturales de género; amistad, amor y deseo erótico expreso o no por personas del mismo sexo (solos o combinados); así como posibilidades de perspectivas particulares: cognitivas, culturales y políticas.

una objeción interrogativa a los supuestos y estipulaciones epistemológicos, metodológicos y textuales del discurso heterosexualizado compulsivo que de otra manera puede ser hostil a sus operaciones.⁴ Como respuesta inicial, una posición antihomofóbica en la investigación de las homosexualidades es una postura meritoria; como finalidad, es miope. Definida como “no-heterosexualidad”, la homosexualidad ha sido explicada por aquello de lo que carece (Hocquenghem, 1978). La investigación antihomofóbica está restringida de manera similar, porque su tarea también es lo que está ausente —o sea, el disgusto por y el miedo a los homosexuales. Como consecuencia, la investigación social antihomofóbica es un reclamo de particularidad a través de la práctica de numerosos repudios que representan a los sujetos homosexuales sólo por las sombras de la interdicción.

Aunque son una meta razonable de cualquier investigación sobre homosexualidades, las epistemologías, métodos y textos antihomofóbicos reinscriben al (los) sujeto(s) como lugares de la ausencia, porque siguen enfocándose en lo que falta. En términos freudianos, la homosexualidad ha sido definida como una fijación en el desarrollo —una detención que impide que la historia completa se realice. La investigación antihomofóbica, por omisión, tampoco demarca suficientemente aquello en lo que las narrativas en investigación social por, con o para sujetos *gay* y/o lesbianas se podrían convertir, cómo podrían ser productivamente constituidas y expresadas por aquello que se presenta y es diferente en su concepción y ejecución, y no por lo que está ausente.

⁴ “Autoetnografía” designa una consideración cultural sobre el grupo de gente al que uno pertenece como determinada por identificaciones propias y ajenas (Hayano, 1979). Clifford (1986) usa el término “etnógrafo indígena” para describir a alguien que estudia su propia cultura y es capaz de aportar una perspectiva y una profundidad de comprensión que —como él sugiere— conduce a recuentos que son al mismo tiempo particularmente poderosos y restringidos.

La investigación social desde una posición queered

Durante aproximadamente dieciocho meses, como teórico/investigador *gay* interesado en educación en artes visuales para adultos, me enrolé en un estudio descriptivo a profundidad con dos artistas hombres *gay*. La investigación primero consideró la relación entre subjetividades sexuales y producciones culturales, y después la relación de cada artista y su trabajo con la organización y prácticas de la cultura en un sentido más amplio —que incluía la institución educativa en que cada uno trabajaba. Los datos fueron reunidos en una serie de entrevistas programadas, en observación-participación informal y mediante un examen cuidadoso del trabajo y los procesos artísticos de cada artista. Los datos resultantes se organizaron y analizaron de acuerdo con cada artista y, posteriormente, sus similitudes y diferencias fueron comparadas.

Otros(as) académicos(as) *gay* y lesbianas, que decidimos tanto declarar nuestras sexualidades como estudiar un tema sobre homosexualidades y/o a sujetos homosexuales, debemos considerar perspectivas por fuera de las restricciones homogenizadoras de los modelos heterosexualizantes.⁵ Cualquier búsqueda de una naturaleza o de un estado mental homosexuales singulares, sin embargo, es claramente una intención poco razonable (e imposible). El término familiar “sensibilidades *gay/lesbianas*” no da cuenta adecuadamente ni de la multiplicidad de diferencias (raza, clase, etnia, etc.) dentro de esas identidades, ni de la anticipación de bases comunes entre ellas.⁶ Es tal vez en el término más amplio “*queer*” donde emergen más posibilidades para denominar y declarar una gama de diferencias y posiciones a partir de la escala de las diversidades sexuales.⁷

⁵ Los investigadores que estudian sujetos homosexuales han sido reticentes a declarar sus propias orientaciones sexuales. En un estudio sobre 351 informes sobre homosexualidad entre 1974 y 1988, sólo dos trabajos, ambos de investigadoras lesbianas, identificaron al investigador como homosexual (Walsh-Bowers y Parlour, 1992).

⁶ Para una discusión sobre la sensibilidad *gay*, véase Sontag (1982) y Bronski (1984).

⁷ Mientras que mi interés particular aquí es una discusión sobre la diferencia sexual que usa la sexualidad masculina *gay* como principio de explicación, la palabra “*queer*” no niega otras diferencias, sino que aporta una base común para una ordenación de distinciones más sutiles (género, raza, etnia, clase, etc.) en identidades y estrategias discursivas.

El sujeto “*gay*” ahora, al menos en algunos lugares, está siendo reescrito como “*queer*” (Edelman, 1994). “La palabra ‘*queer*’ significa en sí misma *a través*; proviene del indoeuropeo *tewerkw*, que también lleva al alemán *quer* (transversal), al latín *torquere* (torcer) y al inglés *athwarth*” * (Sedgwick, 1993:xii). Aunque tal vez resulte incluso más difícil despojar a la palabra *queer* de su historia peyorativa y de las mitologías denunciadoras que la rodean, el término está siendo reclamado por aquellos que han sido expoliados por sus acusaciones derogadoras —individuos y comunidades que insisten ahora vigorosamente en terminar tanto con las categorizaciones estrechas como con las represiones basadas en la diversidad sexual. Además, es evidente que la palabra *queer* tiene un significado diferente cuando es proferida en la calle como un epíteto homofóbico, que cuando se usa en una relación descriptiva coyuntural con los textos, metodologías o epistemologías en evolución que pretende reflejar y constituir.

Aunque la palabra *queer* se refiere a menudo a las lesbianas y a los hombres *gay*, no se restringe a categorías de orientación sexual. Sedgwick dice que la “palabra más excitante de todas, ‘*queer*’, extiende el término hacia dimensiones que no pueden ser subsumidas bajo el género y la sexualidad: maneras en que raza, etnicidad, nacionalidad postcolonial se cruzan con éstos y otros discursos que constituyen y fracturan las identidades” (1993:8-9). Su adopción es un esfuerzo por evitar los “riesgos ideológicos” de otros términos asociados con la diversidad sexual, y es, alternativamente, un medio para “transgredirlos y trascenderlos; o cuando menos, problematizarlos” (De Lauretis, 1991:v).

Como categoría de contradicción, una perspectiva *queered* ofrece un reconocimiento tanto de heterogeneidad en la diferencia, como de posibilidades de identificaciones mutuas a través de ella misma. Por ejemplo, mi estudio de artistas *gay* podría considerar las particularidades de la sexualidad *gay* masculina y la representación visual desde una perspectiva *queered*. Sin embargo, una posición *queered* también podría ser utilizada por diversos investigadores en una amplia

* A través de; contra, contrariamente.

gama de problemas en investigación social que exploren una variedad de identidades sociales excéntricas. Todo podría enunciarse dentro de una sombrilla *queer*.

La sugestión de una alternativa *queered* no es meramente un interés por agregar lo que ha sido excluido de las epistemologías y prácticas de investigación dominantes, que por otra parte, quedarían inalteradas. Una posición *queered* requiere un cambio ontológico comprensivamente resistente en sus excepciones a la normatividad dominante. Un *queering* como punto de partida en investigación social es un cuestionamiento vigoroso a aquello que ha restringido lo que se puede conocer, quién puede ser el que conoce y cómo se llega a generar y difundir el conocimiento. Una posición *queered* empieza por dislocar al agente de su constitución. Mientras que los homosexuales han sido definidos desde hace mucho por el discurso de otros, los *queers* participan en su propio posicionamiento a través de la experiencia tanto de autores como de autoridades. Como los sujetos *gay* y lesbianas (*queer*) están ubicados por un discurso en proceso que los precede y constituye, son, al mismo tiempo, sus agentes creativos. Cualquier propuesta de una perspectiva *queered* es, por lo tanto, la adopción de una posición dinámica discursiva desde la cual los sujetos de las homosexualidades pueden autodenominarse y afectar las condiciones bajo las cuales se constituyen las identidades *queer*.

Una posición *queered*, si bien no puede ser nunca completamente fijada, puede ser declarada al producir visibilidad a través de lo que es o de lo que puede llegar a ser bajo sus propios auspicios.⁸ Una posición *queered* insiste no sólo en la parcialidad de las aseveraciones excluyentes heterosexuales, sino también en la necesidad de reconocer las diferencias —igualmente parciales, y sin embargo productivas— de la presencia *queered*. Mediante los planteamientos de una alternativa que expanda la esfera de legitimidad aplicable a toda investigación, una posición *queered* aporta una forma única para comentar un mundo social cuyos procesos y resultados podrían de otra manera ser (in)apropiadamente medidos, si fueran contruidos contra la norma de las perspectivas que no son *queered*.

⁸ Para una discusión sobre la temporalidad del término "*queer*", véase Butler (1993) y Sedgwick (1993).

Al considerar posibilidades textuales, teóricas y metodológicas emergentes, no pretendo sugerir que se debiera abandonar puntos de vista y tácticas alternativas como si fueran totalmente perniciosos e irrelevantes para las experiencias *queer*. Los(as) investigadores(as) sociales *gay* y lesbianas empeñados(as) en el estudio de los sujetos de las homosexualidades no pueden escapar ni a las implicaciones de nuestras sexualidades ni a las prerrogativas heterosexuales de las escuelas, la academia y las culturas en donde hemos sido adoctrinados. En forma similar, los planteos de las prácticas de investigación *queered* no son relevantes solamente para los sujetos *queer*. Aunque las prácticas de investigación restrictivas, tales como la investigación homofóbica, son dañinas para las lesbianas y los hombres *gay* pues constriñen las ideas y las perspectivas críticas, estas investigaciones también tienen consecuencias epistemológicas que van más allá de la comunidad *gay*, pues llevan a un conocimiento parcial y distorsionado para todos los investigadores.

Proponer la potenciación de una posición *queered* en la investigación social referida a las homosexualidades tampoco es sugerir prácticas repetibles, coherentes y cerradas que podrían ser organizadas alrededor de su denominación. Es, más bien, un empeño por interrogar y obstaculizar los modelos heterosexistas durante suficiente tiempo como para comprometer las pluralidades del deseo y el conocimiento en formas que nos permitan a las lesbianas y a los hombres *gay* —entre otros— constituirnos más positivamente en lo individual y contribuir en discursos culturales colectivos más extensos. Las posibilidades de que se dé una posición *queered* en investigación social, aunque nacientes y tentativas, incluyen —pero no están limitadas a—: pensar por fuera de las epistemologías heterosexuales; preguntas sobre la objetividad; el *queering* del lenguaje y el arte; las implicaciones del cuerpo y de lo erótico en las prácticas de investigación; la probabilidad de irritar a los lectores que no están de acuerdo; y, finalmente, las interimplicaciones de la academia y la escuela en el potencial para que existan prácticas sociales transformadoras.

*Torcer las epistemologías: pensar a través
de las (homo)sexualidades*

El conocimiento no emerge en un vacío cultural. Más bien, es adquirido en escenarios particulares donde la investigación es emprendida de acuerdo con las estructuras cognitivas prevalecientes dentro de las cuales los sujetos son concebidos y mediante las cuales se dan y se entienden las propuestas. Como la heterosexualidad es asumida con más frecuencia, resulta ardua una consideración incluso rudimentaria por fuera de las categorías mentales que construye; la mente (cor)recta* universaliza todas sus ideas y es incapaz de concebir una cultura que no ordene todos sus conceptos sobre la base de la heterosexualidad (Wittig, 1992).

Las otras sexualidades son, por tanto, excluidas, constreñidas o, cuando se mantienen, fabricadas como indeciblemente perversas y, por lo tanto, sin consecuencias para el conocimiento legítimo. Al carecer de sus propias teorías reconocidas, la mente *queered* ha sido forzada a disfrazarse, a oscurecer su variedad y potencia dentro de los pliegues de lo que se entiende como el tejido uniforme y homogéneo de los conocimientos heterosexualizados. La teoría y la práctica heterosexualizadas, en posición de privilegio, han sido constituidas como la totalidad de la epistemología y la praxis: sus significados están tan ratificados, sus propuestas tan seguras de su corrección, tan obstinadas en sus repudios que no se visualiza nada que no sean ellas mismas.

Inicialmente, la investigación *queered* necesita un descentramiento que arrastre la teoría hacia las zonas ocupadas por sus sujetos, en lugar de forzar a sus sujetos dentro de los improbables espacios de la atención heterosexual. Una aproximación al conocimiento social desde una posición *queered* es una refutación postmoderna de la certidumbre epistemológica. Un método *queered* descubre el simulacro de la epistemología heterosexista y revela la naturaleza arbitraria y mediada de su lógica aparentemente incuestionable.

* *Straight mind*. El significado de *straight* corresponde con derecho, recto, directo, erguido, justo, equitativo, íntegro, honrado, correcto, etcétera; en la jerga *gay* significa heterosexual; por eso en este contexto se contrapone *straight mind* a *queered mind*.

No se conoce la índole y la extensión de las posibles influencias biomateriales y socioculturales en las vidas de las lesbianas, las personas bisexuales, los individuos transgénéricos y los hombres *gay*. Un argumento esencialista considera que la orientación sexual es consecuencia de algunos factores inmutables, independientes, en cierta medida, de la cultura.⁹ Por el contrario, desde las perspectivas no unívocas del construccionismo social, que son particularmente populares en la academia, la sexualidad es construida como un artefacto de la sociedad en que se encuentra (Butler, 1993; Greenberg, 1988). Estas perspectivas, sin embargo, al resistir cualquier explicación biológica, sobrestiman el papel de lo social/experiencial.¹⁰ Concentrarse únicamente en la generación cultural de conocimientos sexualizados y negar cualquier otra descripción de la sexualidad es arriesgar demasiado. Aunque me resisto a constreñir las identidades *gay* y lesbiana a la idea de que ya están determinadas, y reconozco que los discursos culturales producen cuerpos *queer*, esas inscripciones no están hechas en una tábula rasa. La sexualidad no está fuera de la ideología, ni le es innata. Los sujetos sexuales son el efecto constituido del discurso, pero también son sus condiciones de posibilidad, donde las fuerzas sexuales son inmanentes.¹¹

Es probable que una mezcla de perspectivas biomateriales y sociales demuestre ser ventajosa para una comprensión adecuada de la sexualidad. Las identidades sexuales son construidas como tales en un intersticio precario que medra tanto de las posibilidades de los axiomas determinados del esencialismo como de las necesidades de continua reinención performativa del construccionismo. Sin

⁹ Aunque está aumentando la investigación sobre elementos biológicos de la sexualidad lesbiana, muchos de los estudios biomateriales que existen se han enfocado en varones; y algunos han sido posibilitados por el devastador impacto del sida (Bailey & Pillard, 1991; LeVay, 1993; LeVay & Hamer, 1994).

¹⁰ Queda, sin embargo, una proclividad contemporánea extrema hacia cualquier aproximación biológica en el estudio de la conducta humana (Hrdy, 1990).

¹¹ Reconozco que mi voluntad por acceder al significado de lo biológico puede hacerme blanco de acusaciones en el sentido de que hay en mí un anhelo retrógrado por una identidad esencializada cuya consecuencia puede ser, en última instancia, un apoyo para la oposición homofóbica a la diversidad sexual. Mi posición es, más bien, que el estado de nuestro conocimiento de las sexualidades es extremadamente limitado y que tenemos mucho que ganar si permanecemos abiertos.

embargo, mientras no lleguemos a considerar que los conocimientos constituidos por el orden heterosexual ya no son absolutos y universales, y los incipientes sujetos y teorías *queer* ya no sean forzados a disfrazarse para parecer "*straight*", las posibilidades de conocimientos *queered* no saldrán del clóset epistemológico, por así decirlo. Sólo con la incorporación a largo plazo de consideraciones y organizaciones del conocimiento más congruentes es como puede ser explorado productivamente el alcance de la diferencia *queered*.

Aunque una articulación total de las posibilidades de conocimientos *queered* fijos está más allá del horizonte de este o cualquier otro proyecto, algunas perspectivas teóricas *queered* básicas —en particular, respecto de la orientación sexual y a los hombres *gay*— han sido asumidas y explicitadas dentro de la investigación —descrita más arriba— que precipitó el interés en la presente discusión. Las orientaciones sexuales no son un problema privado que afecte sólo las prácticas sexuales personales, sino que son dimensiones de la subjetividad que inspiran toda la experiencia humana, incluyendo las funciones cognitivas más altas;¹² están imbricadas en la sexualidad, el género, la clase, etc.; están graduadas e interimplicadas y no pueden, por lo tanto, ser leídas monolíticamente; y son contempladas como identidades lo suficientemente coherentes para ser reconocidas, pero lo suficientemente fluidas para ser interrogadas. Además, las homosexualidades son variantes normales de la experiencia humana; sujetos productivos para la investigación; una objeción material contra la demanda de que toda sexualidad es reproductiva por naturaleza; una alternativa expresa a la conformidad genérica y al orden social alrededor de lo femenino y lo masculino tal y como esas formas biológico/culturales han sido constituidas por un régimen heterosexual; y, finalmente, una alternativa visible a la negatividad cultural contra el sexo, o erotofobia.

¹² Los resultados de pruebas de habilidad espacial y fluidez al hablar en poblaciones de hombres homosexuales, hombres heterosexuales y mujeres heterosexuales sugieren que existen diferencias en los patrones de habilidad cognitiva (McCormick & Witelson, 1991).

Objetividad e inclinaciones queer

En los paradigmas objetivistas, el objeto puesto a consideración es contemplado como algo que existe independientemente de las condiciones de su perceptibilidad. Históricamente, el punto de vista objetivista es el que se utiliza en las posiciones más altas de la estructura social, donde el fenómeno a investigar es aprehendido por el observador mediante un proceso de razonamiento que permite aproximaciones cada vez más cercanas a cierta *verdad* que se considera independiente del investigador (Bourdieu, 1977). Tales reglas de escrutinio acentúan la brecha entre el investigador y lo investigado, donde la objetividad viene a ser definida en la medida de la distancia entre el investigador y su sujeto de investigación.

Como en estos paradigmas se ignora la idea de un individuo particularizado que crea el mundo que investiga, las subjetividades propias del investigador se vuelven invisibles y/o irrelevantes. En la investigación tradicional, cuando se tomaba en consideración al investigador, se asumía que la objetividad se mantenía porque la posición de un sujeto era contemplada como algo universal y por lo tanto capaz de representar a todos los demás. En occidente, el punto de vista del varón blanco heterosexual se convirtió en la perspectiva presuntamente objetiva que, como no estaba marcada y se consideraba no mediada, se pensó que trascendía las particularidades de su posicionamiento. Se confundieron, así, los prejuicios de regímenes poderosos y reguladores con el conocimiento. Al legitimar ciertas opciones, los varones blancos heterosexuales supuestamente eran portadores de una objetividad que no reconocía la parcialidad de su punto de vista —un desapasionamiento del que no se podían dar el lujo las mujeres de ninguna raza u orientación sexual, ni los varones que no fueran blancos ni los homosexuales. Mientras no fueron cuestionados por el feminismo, los varones blancos heterosexuales manejaron una doble postura: enmascaraban esa posición como si fuera un punto de vista desde ningún lugar, mientras que al mismo tiempo lo planteaban como el punto de vista desde todos lados.

Respecto de la sexualidad, particularmente, los presupuestos heterosexistas aportaron una percepción distorsionada del mundo social al asumir —y por tanto, reforzar— la universalidad de la experiencia del deseo del investigador. Los prejuicios dominantes son

entonces confundidos con el conocimiento sexual.¹³ Sin embargo, los sujetos sexuales de la investigación no pueden ser neutralizados mediante una universalización que niega la realidad de que los investigadores son individuos de carne y hueso, con orientaciones y deseos específicos y divergentes, que viven en contextos culturales particulares. Como el investigador *queer*, al igual que cualquier otro investigador, forma parte inevitablemente del mundo social que está estudiando, las posibilidades de que tenga prejuicios y percepciones subjetivas no pueden ser erradicadas. Como tampoco es posible ponerse afuera del cuerpo viviente en circunstancias culturales particulares, el cuerpo *queer* ejerce sus epistemologías, es decir, las teorías de investigación social están encarnadas y actuadas por los cuerpos sexuales de los participantes en la investigación.

La validez de cualquier investigación social —es decir, la relación que se establece entre el informe de la investigación y algo distinto de ese informe (*i.e.* una realidad objetiva)— es dependiente de y relativa al (los) investigador(es) individual(es) sexualmente encarnad(os), y también de y a “cierta comunidad de investigadores en cuya perspectiva se basa el informe” (Maxwell, 1992:284). Los empeños de la investigación *queered* comparten planteamientos feministas, no sólo por la objetividad encarnada, sino por una comunidad de investigadores que son “responsables de cómo aprendemos a ver” (Haraway, 1988:583). La investigación *queer* en sí misma no está exenta de valoraciones. Bajo los términos *queered*, sin embargo, la objetividad no tiene que ver con reclamos de falsación respecto de subjetividades extremas, sino, más bien, con creencias y valores específicamente encarnados que sitúan los conocimientos en contextos culturales con estructuras subyacentes reconocidas, relaciones de poder y condiciones materiales.¹⁴ Al reconocer y aceptar la

¹³ Al neutralizar —supuestamente— las consecuencias de la orientación y el deseo sexuales, una perspectiva heterosexista fortifica además, de hecho, sus propias predicciones. Como las orientaciones heterosexuales se presuponen, pero permanecen sin nombre y ocultas, son verificadas y reproducidas. La esencialización y propagación además refuerza y autoriza las suposiciones heterosexuales, las cuales, con la licencia de la autoridad, incrementan la probabilidad de que la investigación social continúe funcionando bajo sus ubicuos términos.

¹⁴ Estoy significativamente en deuda con el trabajo de muchas académicas feministas que han abordado convincentemente temas relacionados con metodologías de investigación. En particular, véase Roman (1993), Haraway (1988), Harstock (1987) y Lather (1986).

responsabilidad de sus posiciones, la investigación *queered* es capaz de abordar la manera en que sus figuras y suposiciones particulares pueden desvirtuar y configurar el proceso de investigación en su totalidad. Como resultado, mientras el objetivismo disminuye, la objetividad se incrementa conforme las creencias y conductas del investigador *queer* se vuelven parte de la profesión, y por tanto vuelven disponible una mayor cantidad de la evidencia organizada para cualquier propuesta resultante.¹⁵

*Las extravagancias de la investigación social:
acampando en la academia*

Antes de las objeciones del feminismo, los resultados de la investigación social habían sido articulados y vueltos significativos en un lenguaje que se consideraba razonablemente unívoco.¹⁶ En problemas de sexualidad, cuando se asume esa univocidad, la relación entre el mundo y aquello que se quiere describir aparece como algo *derecho*.^{*} Sin embargo, si unos investigadores que no sean heterosexuales [*straight*] (*queer*) hacen la crónica puntual del proceso de investigación y se escriben a sí mismos en sus informes, deben confrontar la índole denigratoria del lenguaje que es intrínseca a tal empresa. Por ejemplo, en un ambiente homofóbico regulador es imposible denominar a los sujetos de la investigación *gay* y lesbianas sin utilizar los términos denigratorios que permean el lenguaje al cual se debe recurrir. Un empeño *queer* emerge, por tanto, a la sombra de hostilidades heredadas que están profundamente inscritas en el lenguaje que ha constituido el momento que quiere articular, pero, al mismo tiempo, que pretende rechazar y deshacer.¹⁷

¹⁵ Este argumento se extiende desde una perspectiva feminista. Véase Harding (1987).

¹⁶ Ahora se ha extendido el interés (por fuera del feminismo) en los efectos de la subjetividad y el lenguaje/la escritura en la investigación. Véase Clifford (1986). Sin embargo, en respuesta, Mascia Lees, Sharpe y Cohen (1989) sugieren que estas ideas postmodernas aparentemente nuevas han sido significativamente exploradas por académicas feministas durante los últimos cuarenta años.

^{*} *Straight*.

¹⁷ Las actitudes hacia los homosexuales y hacia otras personas que cuestionan las categorías de identidad se desarrollan mediante los sistemas lingüísticos constituidos,

Como sujetos *queer*, los hombres *gay* y las lesbianas debemos darnos a conocer en oposición, hablando en nuestros propios términos. Los resultados están inevitablemente ligados con la posibilidad de parecer *queer*. En primer lugar, los textos *queered* requieren que los sujetos sexuales hablen como tales: las lesbianas, las personas bisexuales, los hombres *gay*, los heterosexuales y otros necesitan ser denominados, en lugar de presuponerse lo que son. En segundo lugar, es probable que los textos producidos por sujetos homosexuales, al reflejar las urgencias de la variedad sexual y las especulaciones de un discurso generativo, estén marcados por la impronta del exceso. Al afirmar una habilidad para ver más allá y responder a lo que parece obvio, la(s) tensión(es) de la diferencia *queered* puede(n) ser presenciada(s) mediante un fortalecimiento a menudo inmoderado de lo *camp*.

Con frecuencia hay desacuerdo sobre lo que puede constituir, o puede calificar como, o para, lo *camp*. Aunque acepta que los homosexuales constituyen su vanguardia y audiencia más articulada, Sontag (1982), al referirse a lo *camp* anota también: "nadie que comparta de todo corazón una sensibilidad dada puede analizarla; solamente puede, cualquiera que sea su intención, exhibirla" (p. 276). Aparte de la cautela de Sontag, parece haber cierto acuerdo en la discusión sobre lo *camp* y su significado. *Camp* es un estilo objetual o de comunicación y/o percepción que a menudo refleja exageración y artificio; existe en un estado de tensión con otras prácticas culturales; es fácilmente reconocible para aquellos que son marginales respecto de la cultura predominante; y ha sido históricamente asociado con la cultura homosexual y con los cuestionamientos que se hacen a la naturalización del deseo (Bergman, 1993). Robertson (1993) arguye que se puede extender lo *camp* más allá de su vínculo esencial

que provienen de una cultura masculinista y heterosexista. Los términos y las frases, sin embargo, significan desde posiciones específicas. Como ejemplos, las palabras "hombre", "mujer", "marido" y "esposa" están construidas dentro de sistemas cognitivos y lingüísticos heterosexuales, donde el significado aparece fijo en formas que pueden no tener relevancia, o ser diferentes, para la experiencia de las mujeres y hombres homosexuales. Se ha argumentado, por ejemplo, que las lesbianas no son mujeres porque el término "mujer" está construido y tiene significado sólo en un sistema de pensamiento heterosexual. Véase Wittig (1992).

con los hombres *gay* y que las feministas lo pueden adoptar como “un modelo para las críticas de los roles sexuales y genéricos” (p. 156). Sugiere que ahí yace la potencialidad de lo *camp* para afirmar los “intereses compartidos de hombres *gay* y mujeres lesbianas y heterosexuales” (p. 156).

Al hablar de manera autobiográfica acerca de la orientación sexual, no tengo que esforzarme en buscar razones “*camp*” cuando afirmo que desde los ochenta comencé a “exhibir mis plumas” —incluso poco antes de darme cuenta de que las llevaba puestas. David Bergman (1993) sugiere que la expresión “exhibir las plumas”, algo añeja por cierto, describe una opción que hace alusiones obvias y exageradas a la orientación (homo)sexual.* Al elegir esta expresión decorativa para designar mi subjetividad sexual, uso las potencialidades de lo *camp* como un estilo de comunicación para imprimir la revelación en el texto y, por tanto, en el lector, de una manera *queer*. En una presentación académica que defiende lo *camp* y reconoce la disparidad que existe entre lo serio y lo absurdo en que se basa lo *camp*, Long (1993) cuestiona las exclusiones y los binarios de género, y activa una perspectiva *camp* al sugerir a la audiencia que imagine que su ensayo lo está leyendo “un hombre pequeño, bigotón, que lleva un vestido para coctel de lamé dorado, zapatillas negras con tacones aguja de tres pulgadas, una peluca color ala de cuervo y un sombrero de cintas con plumas de pavorreal” (Long, 1993). La asociación que establece Long entre un académico y esa indumentaria femenina con sus accesorios afirma lo *queer* de una manera que habla más allá de la cultura dominante, la cual retrata, de hecho, a los hombres *gay* como afeminados y construye un clima misógino que desacredita las experiencias de las mujeres y niega su autoridad crítica. Lo *camp*, entonces, es una objeción generalizada mediante la cual los *queers* pueden articular la (im)posibilidad de representar la ontología *queer* por la vía de las opciones sexuales/textuales de la heterosexualidad. Lo *camp* no es sólo un estilo o una forma de caracterización con la cual las identidades *queer* se hacen visibles, sino también

* “*Dropping the beads*” es una expresión coloquial local que equivaldría a “*jotear*”, emplear manierismos o modales afectados (afeminados). Hemos optado por recurrir a las universales plumas.

una posición de resistencia enclavada en prácticas de representación por medio de las cuales se cuestionan las formas culturales dominantes y se constituyen identidades *queer* dinámicas.¹⁸ Aunque no siempre utiliza objeciones a la conformidad de género, como podrían implicar los ejemplos, lo *camp* es, en parte, un efecto del sexismo y la homofobia, y surge como un medio discernible tanto para cuestionar como para construir alternativas más abarcadoras.

Además de lo *camp*, otras adaptaciones textuales que podrían conducir a un mensaje *queered* obvio y productivo incluyen el empleo de palabras conflictivas en los discursos de la academia. El lenguaje es un medio de regulación o silenciamiento del cuerpo y del deseo. De acuerdo con ello, los textos de investigación de la academia son con frecuencia fríos y sexualmente desapegados; sus páginas han sido limpiadas de cualquier sugestión erótica entre los participantes. Cualquier posibilidad que haga visible un deseo (*queer*), construido ya como algo ofensivo, es especialmente contenciosa. Peor todavía, hay inclusive menos espacio para imaginar que un lector podría sentir alguna identificación con, o algún deseo por, el escritor o el sujeto de la investigación. Si los textos *queered* se someten a las convenciones desexualizantes del discurso académico heterosexista, el mensaje se confundirá necesariamente con el medio. Las lesbianas y los hombres *gay* son ambos identificados y denigrados sobre la base de sus prácticas sexuales. Al reconocer esa diversidad en el deseo a través de la escritura, el código de las convenciones académicas se modifica conforme los textos *queered* se oponen a la represión ideológica mediante la expresión libidinal. Los textos *queered* pueden privilegiar no sólo el género y la sexualidad, sino también un erotismo de palabras, frases y perspectivas que de otra manera serían consideradas tensas e inaceptables. No se trata de sugerir que los textos *queered* sean imperativamente incontinentes, ni, al mismo tiempo, negar la picardía que podría excitar placenteramente a aquellos a quienes compromete. Aunque hablar de sexualidad en términos directos puede ser estimulante, la presencia excitante de lo erótico en la escritura no

¹⁸ Meyer (1994) sugiere que el *performance queer* no es "expresión de la identidad social, sino más bien lo contrario: la identidad se constituye auto-reflexivamente en los propios *performances*" (p. 4).

es solamente, ni necesariamente, una función de la introducción de experiencias sexuales ardientes y lenguajes vulgares. Una idea, una palabra, una frase, pueden simplemente estimular por su poca familiaridad, repetición, ambigüedad, posición, alteraciones, extravagancia, o por su emparejamiento con otra aparentemente incompatible. Como lo ha sugerido Barthes (1975), una palabra puede ser erótica “por dos condiciones opuestas, ambas excesivas: si es repetida extravagantemente, o por el contrario, si es inesperada, succulenta en su novedad ... las palabras resplandecientes son apariciones distractoras e incongruentes” (p. 42).

Los textos *queered*, al resistirse al anonimato de la autoría, conducen los textos de la academia a los espacios más íntimos del cuerpo. Mientras que muchas escritoras feministas se han comprometido consistentemente en lo personal, un hombre que materializa la subjetividad masculina —que elija escribir en y a propósito de su cuerpo— es un trans-escritor que transgrede las fronteras de la expresión de género/texto. Como “hombre” se define en términos heterosexuales que han excluido todo lo que está afuera de esos límites, cuando no reclama una diferencia *queer*, un escritor varón *gay* es obligado a recitar el discurso como si fuera un hombre vestido de mujer disfrazado de hombre. Al exponerse, el hombre *gay* subvierte el poder del cuerpo masculino oculto que ha solicitado los designios de un patriarcado dependiente del poder masculino alimentado por el misterio fálico.

Los textos *queered* son resistentes a distinciones discursivas binarias tales como homosexual/heterosexual, naturaleza/cultura y masculino/femenino, y por lo tanto se resisten a reinscribir los términos de su exclusión y su impotencia. A partir del binario privado/público como ejemplo, a la orientación homosexual se le ha pedido que se describa dentro de la sujeción del primer término, mientras que la orientación heterosexual descansa confortablemente en el predominio del segundo. Si uno se autodenomina homosexual y discute la homosexualidad, puede reforzar la queja común de que los hombres *gay* y las lesbianas simplemente quieren ostentar su sexualidad, trayéndola a cuento cuando no es relevante. Por el contrario —para demostrar que las reglas de la privacidad se aplican diferencialmente a homosexuales y heterosexuales—, autodenominarse heterosexual y discutir la heterosexualidad no se considera ni ostentación ni obsesión.

Los académicos *queer* claramente se enfrentan a un reto textual. Aunque tal vez no haya ningún medio capaz de capturar verdaderamente cualquier experiencia humana en totalidad, hablar de homosexualidad en un lenguaje que tiene en sí mismo tan profundamente enquistada su denigración o exclusión es coquetear con el enigma. Cualquier lector se comprometerá con el autor, el texto y sus sujetos si tienen como marco de referencia otras experiencias, tal vez mayoritariamente heterosexistas, o por lo menos heterosexuales. El usar exclusivamente términos y formas de sintaxis corrientes y aceptables (es decir de orientación heterosexual) para describir lo que para el lector podrían ser prácticas y experiencias extrañas, impropias o quizás hasta inmorales, es pasar por alto el gran potencial informativo que tiene la diferencia. Una adaptación así equivale a participar en un ejercicio que está condenado al fracaso. Por otra parte, la insistencia en una cadencia afectada, o la introducción de cualquier tipo de lenguaje y de estrategias ubicadas más allá de los que se consideran límites pertinentes del discurso académico heterosexista, puede condenar al discurso a la omisión. Para las lesbianas, los *gays* y otros interesados en producir discursos culturales, el objetivo es, en pocas palabras, “modular el tono”, pero sin “desentonar”.*

*Conocimiento carnal: las seducciones
de la práctica de investigación*

El cuerpo carnal está adquiriendo valor en la academia y en la cultura popular (Frank, 1990) La centralidad de la mente está siendo desplazada mediante una “refiguración del cuerpo de manera que lo mueve de la periferia al centro del análisis para poder ser entendido como el mero asunto de la subjetividad” (Grosz, 1994:ix). Mientras algunos cuerpos estén constreñidos y otros sean considerados más cuidado-

* Hay miles de opciones para interpretar “‘to queer the pitch’ without ‘pitching the queer’”. La frase es intraducible, en su sentido puramente coloquial. “Queer the pitch” equivale a “afectar”, “alocar” el tono, es decir, emplear un tono *gay* al hablar de algo. “Pitching the queer” es menos claro, pues puede entenderse como “pasarse de la raya con el tono/lenguaje *gay*”, o como “exagerar”, en el sentido de “querer lanzarlo”, “encumbrarlo” y, también, “descartarlo”.

samente, será claro que la cultura no permite que todos los cuerpos importen lo mismo. Por ejemplo, la sociedad heterosexista dominante todavía pretende negar o mantener ocultos los cuerpos *gay* o lesbianos. Como consecuencia, la mayor parte de las veces, los cuerpos *queer* sólo se vuelven visibles porque, en el registro y ejercicio de diferencias que son repelentes para la cultura dominante, a menudo sirven como alarma cultural del sexo y/o el género.

A los diez años, yo era un niño escuálido que trataba de construir la imagen de un cuerpo a partir de las prescripciones culturales de la hombría, y era insultado y maltratado por un grupo de muchachos mayores que habían detectado a un *outsider* en el aparente defecto de mi género. En su obvia y feroz necesidad por dominar una diferencia que les alarmaba, las ansiedades masculinas de mis torturadores los amenazaban hacia la acción exterminadora sangrienta. Finalmente, arrojé mi cuerpo afeminado en una lucha inexorable para convertirme en el varón que lo eludiría, sólo para comprender después, angustiado, que el miedo a lo que ellos imaginaron que yo era, les pertenecía a ellos y no a mí. Así como puede ser —tal cual Grumet (1988) lo anota— que sea el hombre viejo (heterosexual) el que “piensa como mujer” (p. 65) sobre el cuerpo de un jovencito *gay*, los rufianes proyectaban un conocimiento (femenino) temeroso encarnado y determinaron que matándolo en mí podían sacarlo fuera de ellos.

Una versión de esta narrativa es común en las vidas de muchas lesbianas y hombres *gay*. Como consecuencia de crueles ofensas injustificables, adquirimos un conocimiento que nos obliga a considerar nuestros cuerpos con una intencionalidad que no se requiere de los heterosexuales. Forzados a examinar nuestros cuerpos desde una cultura que se asusta ante la diversidad sexual y la inconformidad genérica, los investigadores sociales que proclamamos una posición *queered* podemos estar mejor preparados para interrogar lo sexual en la investigación social. De hecho, es en la contemplación de nuestra variedad que las lesbianas y los hombres *gay* descubrimos no sólo capacidad sino eficiencia para la innovación que, a la vez, afirma tanto la fortaleza como la fluidez de los cuerpos *queer*.

Aunque ha habido referencias periódicas a los problemas de lo erótico entre quienes participan en la investigación social, el cuerpo sexual a menudo sigue siendo ilegítimo según las convenciones de

la academia.¹⁹ Cualquier interés reiterado en el cuerpo sexual, dentro de la investigación social, todavía se considera degenerado y se sale de los parámetros del empeño académico serio. La falta de una atención reconocida, sin embargo, no es indicación de la insignificancia o irrelevancia del cuerpo sexual. Los investigadores han admitido que *bordan* fantasías o tienen pensamientos *impuros* acerca de un sujeto de investigación (Golde, 1970; Malinowski, 1967). Algunos han tenido relaciones (hetero)sexuales con miembros de sus grupos de estudio, otros han descrito encuentros etnográficos en (involuntario) detalle homoerótico, mientras que otros más reportan haber sido objeto de avances sexuales por parte de sujetos masculinos de su investigación (Rainbow, 1977; Read, 1986; Williams, 1986). Sin embargo, del único reporte abierto y responsable de lo erótico en la investigación del que tengo noticia es de Newton (1993), una lesbiana que admite que las visitas de colecta de sus datos estuvieron “llenas de juego erótico”, y que ella y su informante “coquetearon con la idea de hacer el amor” (p. 13). Newton centraliza la falta de atención (en el ámbito público) a la dimensión erótica del trabajo de campo, aunque reconoce la significación primordial de la sexualidad para la experiencia humana. Además, Newton no sólo cuestiona la “ecuación erótica en el trabajo de campo” (p. 3) y relata explícitamente sus experiencias personales de atracción hacia un sujeto femenino en su investigación, sino que cuestiona los efectos que el eros podría tener en todos los aspectos del proceso de investigación.

En mi investigación con otros hombres *gay*, el efecto del cuerpo sexual fue enteramente significativo y es ilustrado por los comentarios de uno de los participantes:

De hecho, tu presencia física fue realmente muy turbadora para mí ... la presencia física de alguien que podría ocupar de pronto mi centro de subjetividad fue realmente única ... cuando la persona (con la que estoy hablando) ... es otro hombre *gay*, y uno que es capaz de percibir y entender tan corporalmente todos los asuntos que me afectan tan profundamente. Entonces, ¿dónde se convierten en un lugar de amor y sexo los límites entre el afecto y el cuidado? ¿Cómo sabe

¹⁹ El cuerpo está prohibido por una larga historia de mandatos basados en la separación de la mente y el cuerpo, y en una denuncia del segundo; una negatividad cultural del sexo que contempla la sexualidad como disruptiva; relaciones desiguales de poder entre el investigador y el investigado; y un régimen heterosexual que universaliza la heterosexualidad y regula la conducta sexual como medio para el control social.

uno dónde están esos límites? ¿Por qué tenemos la sensación de que estos límites tienen que existir? ... Así es que aquí estábamos, tan cerca, pero lo físico estaba siendo negado ... ¿Era porque vas a fingir que eres un investigador analítico y yo voy a fingir que soy un sujeto interesante? Si nos movemos de cualquiera de esos dos centros, nos convertimos en dos hombres *gay* en el mismo cuarto, que comparten cosas muy apasionadas uno con el otro ... las cuales en otras circunstancias podrían conducir a algo probablemente muy afectivo, romántico, sexual (abril de 1994).

Mis notas, tomadas de manera independiente, concluyen de manera similar:

En este proyecto particular, lo físico creó un *borde* que, para mí, fue muy sorprendente. ¿Qué hacemos con nuestros cuerpos? ¿Y cómo podemos hablar de ello? Estoy comprometido en procesos apasionados con este hombre. Aunque estoy comprometido emocional e intelectualmente, al mismo tiempo estoy desautorizando mis respuestas físicas hacia él y nuestra interacción. Lo que pienso es que, al no mencionarlo, estaba actuando en complicidad con las estrategias heterosexistas (abril de 1994).

Durante la investigación, fue claro que la sexualidad aportaba una fuerza energética para todo el proyecto. En la investigación social, el estado de ánimo es inevitablemente un factor que debe considerarse; por ello es probable que el eros afecte el candor, el acuerdo, la motivación y las estrategias analíticas, entre otras posibilidades. Tal vez —lo cual es más importante— el reporte total de la investigación puede convertirse en algo más confiable si admite los efectos de la disminución de la distancia afectiva/sexual entre investigadores y sujetos. Claramente, estarían garantizadas una investigación y una discusión más completas de las implicaciones del cuerpo y la sexualidad en la investigación social.²⁰

En un examen de los desempeños de la investigación social, el investigador que proclama una posición *queered* y un interés en el papel del cuerpo sexual, puede producir un trabajo que —apropiándose de las propuestas de Lyotard para el artista o escritor postmoderno— no esté “en principio gobernado por reglas preestablecidas, y ... no pueda ser juzgado de acuerdo con un juicio determinista por la aplicación de categorías familiares” (Lyotard, 1984:81). Es en los ac-

²⁰ He reseñado con mayor detalle las consecuencias del cuerpo sexual en un manuscrito todavía inédito titulado “Conocimiento carnal: *re-investigando* (a través de) el cuerpo sexual”.

tos de la investigación social en sí misma donde se buscan las reglas y categorías para el cuerpo y la sexualidad. Para relacionar de nuevo las posibilidades de la investigación con la propuesta de Lyotard, desde una posición *queered*, el investigador opera "sin reglas para formular las reglas de lo que habrá de hacerse. De ahí el hecho de que el trabajo y el texto tengan el carácter de un evento" (Lyotard, 1984:81).

Desde una perspectiva *queered*, la investigación no necesita ser abandonada como algo caótico cuando la experiencia se sale de las expectativas. Al reflejarse en aquello sobre lo que nada había sido reflejado y al examinar las verdades vividas de la experiencia, el investigador gana acceso a una comprensión de cómo las reglas y categorías alrededor del cuerpo sexual podrían ser revaluadas y generadas mediante la operación de la investigación social. Además, una vez que las implicaciones del cuerpo sexual son expuestas, en lugar de ser negadas por lascivas, el investigador es capaz de explorar fructíferamente los efectos constituyentes de su agente. ¿Cómo puede el eros motivar y vigorizar el proceso para los participantes? ¿Cómo pueden el acuerdo y el candor ser influidos por las atracciones sexuales? ¿Cómo podría ser afectada la veracidad de los resultados por el deseo? ¿Cuáles son las diferencias entre los investigadores heterosexuales y homosexuales que estudian a otros con identidades similares? ¿Están las relaciones sexuales entre el investigador y el investigado siempre por fuera de los lazos de la posibilidad razonable?²¹

Es imperativo que el cuerpo sexual y lo erótico se hagan comprensibles en las prácticas de la investigación social. En lugar de descartar lo corpóreo como vía de acceso al conocimiento, los conocimientos y deseos del cuerpo son ineludibles y constitutivos de los resultados de la investigación. Como mínimo, una posición *queered*

²¹ Mi posición es que el involucramiento sexual siempre debe ser evitado ahí donde los participantes tienen acceso diferencial al poder. Aunque ni se recomienda siempre ni se rechaza siempre la posibilidad de que haya relaciones físicas sexuales entre los participantes en la investigación, la opción no puede ser generalizada como igualmente aplicable en todas las poblaciones. Las perspectivas que demarcan los límites de lo aceptable/inaceptable en términos de lo erótico en la investigación son múltiples, contextuales y cualitativas, en lugar de ser singulares, fijas y cuantitativas.

permite a los investigadores sociales abordar más honestamente los efectos del deseo y del ineluctable papel del cuerpo en la investigación y el conocimiento. Es la ausencia, no la presencia, de un recuento de los cuerpos sexuales lo que deja los informes de investigación incompletos y por lo tanto imprecisos. Aunque sería prematuro elaborar algún argumento cohesivo sobre el impacto del cuerpo-vivido y de lo sexual en la investigación social, no es ni demasiado temprano ni demasiado tarde para plantear una reexaminación de los fundamentos y términos de su exclusión.

Escandalizar a los lectores adversos

Fuera del investigador, los hallazgos de cualquier investigación son insignificantes sin la inteligencia dialógica de un lector. A fin de cuentas, las subjetividades del lector determinarán finalmente la construcción del sentido y asignarán valor a la investigación. Como cualquier estudio sobre homosexualidades bien puede salirse de la experiencia personal, los lectores incapaces de creer los resultados que no han experimentado por sí mismos como *verdades* pueden permanecer escépticos. En el ambiente cultural actual, ubicar la investigación, y a uno mismo, como algo distinto de lo heterosexual, es dejar todos los aspectos de la investigación abiertos a registros de la crítica personal, epistemológica y metodológica que de otra manera no se manifestarían. Proclamar las posibilidades de la (auto)etnografía *queered* no pretende, sin embargo, distanciar. No obstante, el simple abordaje de experiencias distintas de lo heterosexual puede ofender y alienar a un lector adverso. La introducción de las teorías, metodologías, términos y estilos *queered* podría forzar a los lectores que no son *queer* a plantarse en una posición externa. En una discusión sobre prejuicios, Strathern (1987) anota que tales experiencias son problemáticas para el lector: "¿Qué garantía hay de que la descripción no alimentará el prejuicio, no reducirá todavía más la perspectiva, en lugar de ampliarla?" (p. 256).

Es tal vez improbable representarse cómo pueden los sujetos homosexuales cuestionar las epistemologías y prácticas universal y regulativamente heterosexualizantes, sin correr el riesgo ulterior de parapetarse en su propia marginalidad. Cualquier empeño por torcer las operaciones de la investigación social amenaza a la teoría y las

prácticas convencionales y puede ser percibido como epistemológicamente falso, metodológicamente defectuoso, textualmente lascivo e inclusive tal vez patológico, ilegal o inmoral.

Implicar la investigación social con las prácticas culturales

Las escuelas y la academia contribuyen a la producción, mantenimiento y autorización de los discursos culturales. La academia se ha mostrado reticente no sólo ante el cuestionamiento de sus propias exclusiones epistemológicas, sino también a asumir la responsabilidad de reconocer sus efectos —políticos, después de todo— por poner esas epistemologías al servicio de las prácticas culturales (Hall, 1990). “Cualquier fragmento de investigación con grupos minoritarios, especialmente si incluye trabajo de campo, es necesariamente una intervención ética y política con participantes ... que requiere atención persistente del investigador para asegurar que se den resultados positivos y para prevenir ... efectos dañinos” (Walsh-Bowers y Parlour, 1992:109). Como tal, el trabajo intelectual del investigador académico estará “incompleto mientras que no asuma autoconscientemente la responsabilidad de sus efectos en la cultura pública amplia, al tiempo que aborda los problemas más profunda y entrañablemente inhumanos de las sociedades en que vivimos (Giroux, 1994:300).

Al adoptar las potencialidades de la investigación *queered* en la academia, se reconoce la relación entre conocimiento y *verdad*, y justicia social para *gays*, lesbianas, bisexuales y otros. La universidad, entonces, como sitio primario de la investigación social, tiene la oportunidad de contribuir a la constitución de conocimientos inclusivos y proyectos emancipatorios, en lugar de permanecer ajena a ellos. Mediante el reconocimiento de las posibilidades de las posiciones *queered* en la investigación y el discurso sociales, la academia puede contribuir no sólo a la afirmación de identidades diversas y a la generación relevante de conocimientos, sino también a la adquisición de poder social y a la transformación de sus sujetos.

Traducción: Carlos Amador y Hortensia Moreno

Bibliografía

- Bailey, M. y R. Pillard, 1991, "A genetic study of male sexual orientation", *Archives of General Psychiatry*, 48, pp.1089-1096.
- Barthes, R., 1975, *Pleasure of the text*, Hill and Wang, Nueva York.
- Bergman, D, 1993, "Strategic camp: The art of gay rhetoric", en D. Bergman (comp.), *Campgrounds: Style and homosexuality*, University of Massachusetts Press, Amherst, pp. 92-109.
- Bourdieu, P., 1977, *Outline of a theory of practice*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Bronski, M., 1984, *Culture clash: The making of a gay sensibility*, South End Press, Boston.
- Butler, J., 1993, *Bodies that matter. On the discursive limits of sex*, Routledge, Nueva York.
- Clifford, J., 1986, "Introduction: Partial truths", en J. Clifford y G. Marcus (comps.), *Writing culture: The poetics and politics of ethnography*, University of California Press, Berkeley, pp. 1-26.
- De Lauretis, T., 1991, "Queer theory: Lesbian and gay sexualities. An introduction", en T. de Lauretis (comp.), *Differences: A journal of feminist cultural studies*, Brown University Press, Providence, RI, pp. iii-xviii.
- Edelman, L., 1994, *Homographesis: Essays in gay and literary cultural theory*, Routledge, Nueva York.
- Frank, A., 1990, "Bringing bodies back in: A decade review", *Theory, Culture, and Society*, 7, pp. 131-162.
- Giroux, H., 1994, "Doing cultural studies: Youth and the challenge of pedagogy", *Harvard Educational Review*, 64, pp. 278-308.
- Golde, P., 1970, *Women in the field: Anthropological experiences*, Aldine, Chicago.
- Greenberg, D., 1988, *The construction of homosexuality*, University of Chicago Press, Chicago.
- Grosz, E., 1994, *Volatile bodies: Toward a corporeal feminism*, Indiana University Press, Bloomington.
- Grumet, M., 1988, *Bitter milk: Wome and teaching*, University of Massachusetts Press, Amherst.
- Hall, S., 1990, "The emergence of cultural studies and the crises of the humanities", *October*, 53, pp. 11-25.
- Haraway, D., 1988, "Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspectives", *Feminist Studies*, 14, pp. 575-599.

- Harding, S., 1987, "Introduction: Is there a feminist method?", en S. Harding (comp.), *Feminism and methodology*, Indiana University Press, Bloomington, pp. 1-14.
- Harstock, N., 1987, "The feminist standpoint: Developing the ground for a specifically feminist historical materialism", en S. Harding (comp.), *Feminism and methodology*, Indiana University Press, Bloomington, pp. 157-180.
- Hayano, D., 1979, "Auto-ethnography: Paradigms, problems, and prospects", *Human Organization*, 38(1), pp. 99-104.
- Hocquenghem, G, 1978, *Homosexual desire*, Allison & Busby, Londres.
- Hrdy, S., 1990, "Sex bias in nature and history: A late 1980's re-examination of the 'biological origins' argument", *Yearbook of Physical Anthropology*, 33, pp. 25-37.
- Lather, P, 1986, "Issues of validity in openly ideological research: Between a rock and a soft place", *Interchange*, 17(4), pp. 63-84.
- LeVay, S., 1993, *The sexual brain*, MIT Press, Cambridge, MA.
- LeVay, S. y D. Hamer, 1994, "Evidence for a biological influence in male homosexuality", *Scientific American*, 270(5), pp. 44-49.
- Long, S., 1993, "The loneliness of camp", en D. Bergman (comp.), *Campgrounds: Style and homosexuality*, University of Massachusetts Press, Amherst, pp. 78-91.
- Liotard, J., 1984, *The postmodern condition: A report on knowledge*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Malinowski, B., 1967, *A diary in the strictest sense of the term*, Harcourt, Brace, and World, Nueva York.
- Mascia-Less, F., P. Sharpe y C. Cohen, 1989, "The postmodernist turn in anthropology: Cautions from a feminist perspective", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 15(1), pp. 7-33.
- Maxwell, J., 1992, "Understanding and validity in qualitative research", *Harvard Educational Review*, 62, pp. 279-300.
- McCormick, C. y S. Witelson, 1991, "A cognitive profile of homosexual men compared to heterosexual men and women", *Psychoneuroendocrinology*, 16, pp. 459-473.
- Meyer, M., 1994, "Introduction: Reclaiming the discourse of camp", en M. Meyer (comp.), *The politics and poetics of camp*, Routledge, Londres, pp. 1-22.
- Newton, E., 1993, "My best informant's dress: The erotic equation in fieldwork", *Cultural Anthropology*, 8(1), pp. 3-23.

- Rabinow, P., 1977, *Reflections on fieldwork in Morocco*, University of California Press, Berkeley.
- Read, K., 1986, *Return to high valley*, University of California Press, Berkeley.
- Robertson, P., 1993, " 'The kinda comedy that imitates me': Mae West's identification with the feminist camp", en D. Bergman (comp.), *Campgrounds: Style and homosexuality*, University of Massachusetts Press, Amherst, pp. 156-172.
- Roman, L., 1993, "Double exposure: The politics of feminist materialist ethnography", *Educational Theory*, 43(3), pp. 279-308.
- Sedgwick, E., 1990, *Epistemology of the closet*, University of California Press, Berkeley.
- Sedgwick, E., 1993, *Tendencies*, Duke University Press, Durham, NC.
- Sontag, S., 1982, *Against interpretation and other essays*, Octagon Books, Nueva York.
- Strathern, M., 1987, "Out of context: The persuasive fictions of anthropology", *Current Anthropology*, 28, pp. 251-281.
- Walsh-Bowers, R. y S. Parlour, 1992, "Researcher-participant relationships in journal reports on gay men and lesbian women", *Journal of Homosexuality*, 23(4), pp. 93-113.
- Williams, W., 1986, *The spirit and the flesh*, Beacon Press, Boston.
- Wittig, M., 1992, *The straight mind and other essays*, Beacon Press, Boston.